

entonces) y tradujo las *Cartas á una polonesa*, del Marqués de Caracciolo, *Napoleón en Santa Elena*, *El funeral de Arabet* y el *Dictamen* de la Junta de teólogos de Friburgo sobre el valor de los sacramentos administrados por los sacerdotes juramentados de Francia.

CONSULTAR: *La Abeja Poblana*; *Diccionario mexicano*, 1853-56; Pimentel, *Historia de la poesía en México*, cap. XIX; Sosa, *Mexicanos distinguidos*, biografías de Juan Nepomuceno y José María Troncoso.

FRANCISCO URAGA.

Poeta.

Nacido en Valladolid de Michoacán (Morelia); doctor en teología; en el Seminario de su ciudad natal fué alumno de oposición y después catedrático de latinidad, filosofía y teología; fué también notario revisor de la Inquisición, sacristán mayor de Marfil, cura párroco de Silao y de San Miguel el Grande. Escribía versos, generalmente medianos, sobre los principales sucesos políticos y eclesiásticos: Beristáin dice que los hizo en ocasión de recibimiento de obispo en Valladolid, en las exequias del Obispo Rocha, de la misma diócesis, en las de Carlos III, en las proclamaciones de Carlos IV y de Fernando VII, en las exequias de Pío VI, en las honras fúnebres de los militares (sin duda los muertos en la guerra de independencia) y sobre los sucesos de España y la insurrección de México. De los versos que escribió sobre los últimos asuntos se encuentran algunos en el *Diario de México*, firmados *Dr. Agaur y Agarú*. Como curiosidad pueden señalarse los que escribió en elogio de Iturbide, jefe realista entonces, publicados el 25 de Junio de

1812. Escribía también en prosa, y Beristáin menciona varios *Discursos sobre bellas letras y morales*.

El presbítero Dr. Agustín Rivera, en su libro *La filosofía en Nueva España*, al hablar de las costumbres escolares, cita un célebre *vejamen* del Dr. Uraga. «El Ilmo. Sr. Labastida, dignísimo arzobispo de México, —dice,—que, como es bien sabido, se formó en el Seminario de Morelia, y que recogió las tradiciones de dicha casa, me ha referido el vejamen que el Dr. D. Francisco Uraga compuso con el título de *La linterna de Diógenes* y pronunció en el mismo Seminario en Agosto de 1803, en la conclusión de su enseñanza de la filosofía. En todos los seminarios de la Nueva España, todos los canónigos, aun los muy ancianos, venciendo sus achaques, siempre á los vejámenes acudían, para reírse grandemente de lo que decían de los muchachos, que era la galanura de aquellos tiempos

«Era éste (el Dr. Uraga) de buen talento y tan audaz cuando escribió y pronunció su vejamen, que en su comparación algunos periódicos mexicanos de nuestra edad, y aun uno que otro de la prensa católica, son unos tristes. Estrujó el honor y los derechos, no solamente de sus discípulos, sino también de muchas personas respetables por su posición social. A sus discípulos los mentó por su nombre y apellido, como era costumbre; no así á las demás personas, pero indicó á cada una con alguna circunstancia por la que era generalmente conocida en la sociedad, con alusiones y señas tan marcadas, que el auditorio reconoció á cada una en aquella fotografía. Por ejemplo, si un sacerdote se apellidaba Uraga y se contaba de él que era tan tonto que una vez, al decir la misa, se le había perdido la hostia después de consagrada, y el autor del vejamen decía: *Encontré á mi tocayo y le pregunté si ya había hallado la hostia* ¿quién no había de decir *Es el Padre Uraga* y reírse á carcajadas? El Dr. Ura-

ga se propuso buscar al *hombre* de Diógenes, y, no habiéndolo encontrado entre sus discípulos, discurrió por todo el Seminario é hizo la caricatura de cada uno de los catedráticos. Después se salió del Seminario con su linterna y entró en el Colegio de San Nicolás, perpetuo rival del Seminario, y puso de perlas á cada uno de los catedráticos. Después se metió en la casa del Intendente (D. Felipe Díaz de Ortega, que era como hoy el gobernador de un Estado), y dijo que el personaje que habitaba aquel palacio tampoco era el *hombre* que buscaba Diógenes. Los canónigos de Valladolid (Morelia) se rieron de lo que el Dr. Uruga dijo de los estudiantes y aun de lo que dijo de los catedráticos, porque esto segundo, aunque no era frecuente en los vejámenes, tampoco era desconocido en la historia de ellos, y aun de vez en cuando alguna figa á personas de categoría superior á la de los catedráticos, porque la lengua no reconoce un determinado valladar; pero cuando oyeron que tocaba al Intendente, comenzaron á temer por sí mismos; y no se equivocaron, porque el Dr. Uruga, metiéndose en la Catedral, arremetió á todos los canónigos y á cada uno lo ridiculizó; y, en fin, se metió en el obispado, y hasta al Señor Obispo, que era el Ilmo. D. Fray Antonio de San Miguel, *le dijo el sueño y el desenlace*, como dice el adagio castellano. Ese día los canónigos de Valladolid salieron de la aula mayor con sus grandes solideos y coletas como toros banderilleados, y el Señor Obispo, altamente ofendido, prohibió para lo de adelante los vejámenes en su seminario.»

Siendo cura de San Miguel el Grande, en 1810, cuando Hidalgo entró en la villa, en la noche del 16 de Septiembre, Uruga, dice el Dr. Rivera, «huyó con todo y linterna.» Sobrino suyo era el General José López Uruga, hijo de Morelia.

En 1825, el Dr. Uruga vivía aún y seguía siendo cura y juez eclesiástico de San Miguel el Grande.

CONSULTAR: Beristáin; Alamán, *Historia de México*, tomo III, apéndice, pág. 75; Agustín Rivera, *La Filosofía en Nueva España*, págs. 177 y siguientes.

JUAN DE DIOS URIBE.

Poeta.

Poeta poco fecundo, pero á veces elegante. Escribe en el *Diario de México* con su firma, á veces con sólo su apellido *Uribe* ó con el anagrama *Rubie*: allí se encuentran sus medianas composiciones *A la Virgen de Guadalupe*, en sáficos (13 de Diciembre de 1806), á la misma virgen contra Hidalgo, también en sáficos (11 de Diciembre de 1810), en elogio de Navarrete (25 de Diciembre de 1806) y en elogio de Calleja (27 de Febrero de 1811).

Es algo mejor su *Elegía* á la muerte de Lizana (*Diario*, 16 de Marzo de 1811):

Opusiste, por fin, de ira una nube
entre tu oreja ¡oh Dios! y nuestro llanto;
y al pontífice santo
que plácido nos diste
desapareces en el tiempo triste....

Y que vuestro abundoso y tierno llanto,
en que el dolor acerbo se difunde,
vuestra mejilla inunde,
y por la amarga boca
vuelva á beberla el corazón de roca....

Mas no turbes su tímida modestia
bajo el silencio de la losa fría,
y hasta el postrero día
guarda su quieto sueño,
de ciprés coronada y de beleño.

En 1812 publicó una traducción de los *Himnos* en alabanza de la misma Virgen de Guadalupe (que parece haber sido la devoción de Uribe, como la de tantos escritores mexicanos de su tiempo), compuestos en latín por el jesuita mexicano Vicente López. Tres de ellos (probablemente no eran más) fueron reproducidos en el folleto de Rodríguez de San Miguel, *La República Mexicana en 1846*, donde se dice que Uribe había sido oficial de la secretaría del virreinato. La primera de estas poesías es en sáficos:

Tres veces visten verde prodigioso
de Guadalupe cerros y riberas,
hasta que posa cuarta vez la augusta
sombra materna....

La segunda en romance endecasílabo:

¿Qué artífice pintar manda (sacando
de entre la nieve repentinas flores)
el sin par rostro de la reina excelso
sobre la manta vil de un indio pobre?

¿Quién á la veste cándida el etéreo
manto de zafir puro sobrepone,
vivas luces bordándole los rayos
de las estrellas, como en alta noche?

¿Por qué, velando el sol detrás, las guardias
le hace con sus dorados resplandores?

¿Por qué la luna, so el calzado, ostenta
de plata y de carmín los tornasoles?

¿Por qué el Atlante alígero no teme
que lo sepulte un cielo ó que lo agobie?

Tú así lo mandas, Trinidad augusta
cuya diestra potente rige el orbe,
y el fiel americano, por tal prenda,
mientras exista ensalzaré tu nombre.

La tercera es también en sáficos:

¿Qué indican esas suplicantes manos?
¿Los mansos ojos fijos en el suelo?
¿La planta expuesta, que al dragón amaga
hórrido vuelco?....

De este poeta es, por último, un delicado soneto gongorino, que lleva por título *Mi desengaño, arrimado á una fuente que estaba muy rica de jaspes, pero sin agua*:

¿No eres tú la que quiso á la mañana
imitarle las perlas atrevida,
y en flor de jaspes tienes prevenida
por nieve, mármol; pórfido, por grana?

Pues ese viento de tu pompa ufana,
ese enjugó tu cristalina vida,
que quien se puso tan envanecida
fué providencia que quedase vana.

¿Qué olorosa merced te debe el prado,
engañando, de fuente, tantas flores
que alistaron su vida á tu cuidado?

Mentiste la esperanza á sus verdores.
¡Oh aviso superior de lo criado!
¡Oh propiamente imagen de señores!

(*Diario*, 12 de Marzo de 1811).

CONSULTAR: *Diario de México*, 18 de Diciembre de 1812; Juan N. Rodríguez, de San Miguel, *La República Mexicana en 1846*.

—
JOSÉ VALDÉS.

Poeta.

Versificador, quizás de la familia de Manuel Antonio Valdés. Escribió en muchas ocasiones políticas

y religiosas: sobre la estatua de Carlos IV (*Cantos de las musas mexicanas*, 1804: allí se dice que era bachiller, había sido alumno del Seminario Tridentino de México, y lo era entonces del de Tepozotlán); sobre la Virgen de Guadalupe (*Gazeta de México*, 11 de Diciembre de 1805); sobre la Virgen de los Remedios (*Diario de México*, 29 de Junio de 1808).

Sus versos son huecos y enfáticos, pero á veces sonoros:

La ninfa indiana, célebre amazona
que plumas viste de belleza rara,
á quien Cupido armó de su arco y jara,
y hace rica en metal la ardiente zona....

(Sonetos á Carlos IV).

FR. JOSÉ FRANCISCO VALDÉS.

Escritor religioso.

Nacido en México, fraile franciscano, fué lector y custodio de la provincia de San Diego [México] y calificador de la Inquisición. Murió ya entrado el siglo XIX. Publicó, según Beristáin, *Panegíricos* de San Felipe de Jesús [México, imprenta de Ontiveros, 1782] y de San Juan de Dios [México, imprenta de Hogal, 1786], una *Oración fúnebre* en la traslación de los restos de los franciscanos descalzos á nuevo panteón [México, imprenta de Hogal, 1787] y gran número de devocionarios, novenas y *días* en honor de diversos santos, hasta 1803. De él registra el Dr. Nicolás León, además de catorce novenas, tríduos, etc., dos sermones: á S. Felipe de Jesús (México, Ontiveros, 1782), y á S. Juan de Dios (Ontiveros, 1786); una *Vida* de Santa Ana (Ontiveros, 1794), y *Llanto de la Religión*, des-

cripción de las exequias del primer Conde de Regla (Ontiveros, 1796).

CONSULTAR: Beristáin; Nicolás León, *Bibliografía Mexicana del Siglo XVIII*.

MANUEL ANTONIO VALDES.

Periodista.

Este patriarca del periodismo mexicano nació en México el 17 de Julio de 1842; sus padres fueron Don Miguel Benito Valdés, natural de Ziaña. en Oviedo, y Doña María Murgía y Tavera, mexicana.

Fundó la *Gazeta de México* el 14 de Enero de 1784 y la dirigió hasta el 30 de Diciembre de 1809, fecha en que se convirtió, de periódico oficioso, en periódico francamente oficial. La *Gazeta* fué, en manos de Valdés, un periódico interesante, con noticias de todo el país y de Europa y Asia, con artículos sobre asuntos científicos y con trabajos literarios de tarde en tarde. Valdés escribió buena parte de él. Beristáin le atribuyó todas estas obras: *Canción á la vista de un desengaño*, imitada de la famosa del mexicano Fray Matías de Bocanegra (México, imprenta de los herederos de doña María de Rivera, 1765: existe en la Biblioteca Nacional, Octava división, pág. 255); *Glorias del Patriarca San José*, en verso heroico (México, imprenta del Colegio de San Ildefonso, 1767); *Bosquejo del heroísmo del Exmo. Señor Bayllo Fr. Antonio María Bucareli y Ursúa*, *Hinestrosa*, *Laso de la Vega*, *Villacis* y *Córdoba* (México, imprenta Ontiveros, 1779); *Ayes del águila mexicana* por la muerte del Virrey Bucareli, (1779); *Apuntes de algunas de las gloriosas acciones del Exmo. Señor don Bernardo de Gálvez*, *Conde de Gálvez*,

Virrey, Gobernador y Capitán General que fué de esta Nueva España, etc., en romance endecasílabo (México, imprenta Ontiveros, 1787: Biblioteca Nacional, Octava División, pág. 262); *Tribulaciones de los fieles de la parte oriental del Asia*, probablemente traducción ó comentario del escrito del misionero francés Claude Letondal, que visitó México en 1803; *Elogio de Carlos IV* (México, imprenta de Ontiveros, 1791); *Compendio de los sucesos de Bonaparte*, en dos sonetos (Biblioteca Nacional, Novena división, pág. 399). Debieron de imprimirse junto con obras ajenas, ó en periódicos, las siguientes composiciones: *Romance heroico* en elogio de San José; *Glosa* del soneto á la Virgen de Guadalupe de Luis Sandoval Zapata (poeta gongorino, mexicano, del siglo XVIII); Sonetos á la Virgen de Guadalupe (muchos, dice Beristáin); poesías á la estatua de Carlos IV (*Cantos de las musas mexicanas*, imprenta de Ontiveros, 1804). El Dr. Nicolás León, en su *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, señala otra producción de Valdés: *Versos mudos á María Sma.* (de Guadalupe), en hoja suelta, 1780.

Valdés fué quien introdujo en México los coches de alquiler, llamados entonces de *providencia*, en 1793, y gozó del privilegio de ellos hasta 1802. Tenía el grado de coronel de los ejércitos españoles, y en 1810 el Consejo de Regencia de España le concedió el título de *Impresor honorario de cámara del Rey*. Murió en México el 8 de Abril de 1814. Existe un retrato suyo, pintado por Ignacio Ayala, en el Museo Nacional.

Hay en los versos de Valdés grandes descuidos, especialmente métricos, pero no escasean elegancias culteranas:

Una alegre mañana,
en que la Diosa Flora en todo ufana
bordaba con primores,
en campañas de mirtos y de flores,

figuras tan hermosas,
compuestas de claveles y de rosas,
que, aunque ella las pintaba,
de ver copia tan bella se admiraba;
pues allí la azucena
de cándidos ornatos toda llena,
pasaba por galante
á hacerle competencias al diamante.
El clavel encarnado
de la rosa se vía fatigado
siendo su carmesí
envidiado en el todo del rubí:
y en fin, las rosas bellas
haciendo competencia á las estrellas,
según lucía cada una
eran estrellas, eran sol y luna;
y aun mi musa parece
que el conjunto de luces no encarece,
pues allí parecía
que habiendo el gran titán, rubí del día,
su carro á Faetón fiado
segunda vez se vía á despeñado
no en el famoso río
que monumento fué de su albedrío,
sino entre la floresta
que panteón de sus rayos hizo Vesta,
porque allí las Eliadas
en estatuas se vieron transformadas,
que en aquellos jardines
cornucopias tuvieron de jazmines,
sirviéndole de adorno
al lucido contorno,
que era ya transformado en alta esfera,
de olorosas estrellas primavera
A este sitio en que Flora se recrea
de Venus catre y cielo de Amaltea,
donde las tiernas aves

con dulces trinos, con acentos graves,
 divierten su capilla
 que es de olores la octava maravilla.
 Un noble ciudadano
 á divertir sus penas salió en vano;
 pues remedio no hallaba,
 cuando en ellas su pecho naufragaba.
 Desahogar pretendía
 la llama horrenda que en su pecho ardía,
 mirando de las flores
 lo vario de matices y colores;
 y lo que hallaba entre ellas
 era más ocasión á sus querellas,
 viendo que entre delicias
 gozaban del amor libres caricias,
 cuando él con mil desvelos,
 prisionero se vía de sus celos,
 por ser aborrecido,
 y de todos esperanza desposeído;
 y así desesperado,
 entre lágrimas tiernas anegado,
 se quejó de esta suerte
 para explicar la causa de su muerte:
 Hermosísimas flores, que hechiceras
 enamoráis las aves más sonoras
 suspendiendo los tiempos y las horas,
 por ser en la floresta duraderas.
 ¡Qué bien significáis que ya parleras,
 os saludan al alba más canoras,
 cuando á sus ojos sois encantadoras,
 que enmudecen sus flautas vocingleras!
 Si llenas de mis penas y pesares
 os hallarais cubiertas de temores,
 puede que vuestras glorias singulares
 convirtiéndose fueran en rigores,
 para que vuestros ojos vueltos mares
 lloraran sin consuelo sus amores.

(Canción á un desengaño.)

Era mejor escritor en prosa, dentro de su carácter periodístico (que acaso fué él quien primero tuvo plenamente en México). Puede recordarse como ejemplo su *Necrología* de Alzate, verdadero artículo de periódico al modo del siglo XVIII (según el patrón de Feijóo), impreso en la *Gaceta* de 4 de Marzo de 1799. Citaremos algunos párrafos:

«El día 2 del mes próximo anterior (Febrero de 1799) falleció en esta ciudad, á los sesenta y un años cumplidos de edad, el Bachiller Don José Antonio de Alzate y Ramírez, presbítero de este arzobispado, sujeto ciertamente digno de que se empleara en su elogio otra pluma adornada de la facundia y elocuencia que mendiga la mía; pero como á estos defectos añadiría el de la ingratitud si no correspondiera en esta ocasión con las mismas demostraciones de amistad que siempre le merecí, desde luego procuraré dar la idea que pueda de su relevante mérito, confiando que los lectores disimularán sus defectos en vista de la verdad con que se forma.

«Nació este benemérito americano en el pueblo de Ozumba, de la provincia de Chalco, de padres igualmente nobles que virtuosos, numerándose rama del fecundo tronco que produjo á nuestra celebrada Sor Juana Inés de la Cruz, fénix aclamada de su siglo por su sobresaliente numen poético y vasta literatura, de quien fué sobrino nieto nuestro Alzate.

«Trasladado á esta capital, emprendió la carrera de los estudios que lo proporcionaron al sacerdocio; y, habiéndolos concluído, continuó con aquellos á que lo conducía su genio, inclinado desde entonces á investigar los arcanos de la naturaleza. Las ciencias naturales, las matemáticas, de que adquirió luces nada comunes y profundos conocimientos, fueron desde su infancia los objetos favoritos de sus entretenimientos, dándose á ellas con tanto tesón y constancia que, negado á toda concurrencia pública y retirado siempre,

á semejanza de los estoicos, sólo fué conocido por sus escritos y de aquellos pocos genios análogos al suyo.

«Gastaba gran parte de su considerable patrimonio en hacerse de los mejores autores que tratan de la verdadera física, y en acopiar los instrumentos proporcionados para las observaciones; comenzó la serie no interrumpida de experimentos que le granjearon un no vulgar nombre, y que en parte hubieran felicitado á la patria, si, como fueron celebrados de los imparciales, hubieran sido adoptados por todos aquellos á quienes se dirigían. Tales fueron los relativos á introducir el aire necesario para la respiración en las minas abandonadas por su falta. Los dirigidos á perfeccionar el beneficio para la extracción de la plata y sobre la mineralización. Los repetidamente controvertidos sobre la reforma de los malacates, etc.

«Pudiera haber abandonado este plan de vida en vista de los amargos frutos que le producía; pero como por otra parte se había hecho su pasión dominante, por amor á la causa común, la investigación de los secretos de la naturaleza, la propagación de inventos que juzgaba útiles, é impugnar opiniones y prácticas que le repugnaban, lejos de amilanarse cuando no correspondían los éxitos á sus deseos, si veía se le frustraba una tentativa, emprendía otra de la misma ó de distinta clase. Puede decirse que así en esto como en producir escritos, raros le habrán aventajado en la constancia; pues aunque por superiores determinaciones se vió en dos ocasiones precisado á interrumpir sus tareas, las continuó inmediatamente que halló proporción para ello. Así se verificó con los primeros *Diarios literarios* que publicó semanariamente desde Marzo hasta Mayo de 1768; que continuó al cabo de cuatro años, aunque variando el título (*Asuntos varios sobre ciencias y artes*), y que, interrumpidos también por semejante acontecimiento que los otros, volvieron á ver la luz pública en el de 87 con el de *Ob-*

servaciones sobre la física, historia natural y artes útiles.

«Cuán vastos fueron sus conocimientos en estas materias lo califican la diversidad de especies que promovió y disputó relativas á estos ramos, entre las cuales se encuentra un crecido número de producciones originales, partos de su continua meditación y repetidas observaciones, y otras mil, á más de peregrinas, ó vertidas con novedad, ó ilustradas con notas oportunas. ¿Y cuántas de éstas leyó y estampó París, más de una vez, con aprecio, celebrando las no vulgares luces de este digno socio corresponsal de aquella célebre Academia? Si este papel ofreciera el campo necesario, se haría un exacto índice de las materias que trató con magisterio; pero, debiéndome ceñir á lo que el tiempo proporciona, me contentaré con remitir á los lectores á los expresados periódicos y á los que posteriormente publicó.....

«Tuvo nuestro Alzate sus defectos, como los tienen todos los escritores; pero cotejado su número con el de las bellas producciones de su fecundo ingenio, desaparecen como á la vista de las luces del día las sombras de la noche. Terminó su carrera; pero exige el agradecimiento, y bien podré decir la justicia, que así como él tuvo presentes á otros literatos para tejerles en sus muertes los elogios correspondientes á su merito, así nosotros procuremos hacer vivir su memoria. Satisfago de algún modo esta obligación con decir brevemente que Alzate sirvió al orbe literario como buen filósofo, trabajó por ser útil á la patria como buen patricio, y observó siempre una conducta arreglada como buen sacerdote.»

CONSULTAR: Beristáin; Pimentel, *Historia de la poesía en México*, cap. X; Luis González Obregón, *México viejo*, cap. LVI, *Los coches*; Alamán, *Historia de México*, I, 123; Joaquín García Icazbalceta, artículo sobre *Tipografía mexicana*; *Diario de México*, 25 de Febrero de 1811.